

EL COMIENZO DE «LA HORA»

(Mons. Fulton Sheen, *Vida de Cristo*¹)

A través de los evangelios, cada vez que hay una advertencia — a modo de trueno— de la cruz, aparece siempre el fulgor de la gloria de la resurrección; cada vez que se observa la inminente sombra del sufrimiento expiatorio, se advierte también la luz de la libertad espiritual que brillará tras dicha sombra. El contrapunto de alegría y dolor en la vida de Cristo volvemos a encontrarlo en su primer milagro, realizado en el pueblo de Cana². Forma parte de su propósito que aquel que había venido a predicar una crucifixión de la carne desordenada empezaba su vida pública asistiendo a una fiesta de boda.

Unas bodas son ocasión de una gran alegría; y el vino que en ellas se sirve es como un símbolo de esta alegría. En las bodas de Cana, que tuvieron una importancia tan simbólica, la cruz no proyectó sombra alguna sobre la alegría; más bien vino primero la alegría, y luego la cruz. Pero, cuando se hubo consumado la alegría, la sombra de la cruz vino a proyectarse sobre la fiesta.

Es interesante observar que, cuando faltó el vino en Cana, María se mostró más solícita con los invitados que el mismo maestresala, porque fue ella, y no él, quien se dio cuenta de que se había acabado el vino. María, con un perfecto espíritu de oración, se volvió hacia su divino Hijo confiando completamente en Él y esperando en su misericordia, le dijo: *No tienen vino*. Ioh 2, 3

No se trataba de una petición personal; ella era ya una mediadora para todos los que buscaban la plenitud del gozo. Nunca se limitó a ser mera espectadora, sino una cabal participante que hacía suyas voluntariamente las necesidades de los demás. La Madre usaba ya el poder especial que como madre poseía sobre su Hijo, un poder engendrado por el amor recíproco. Con vacilación aparente, Él le respondió con esta pregunta: *Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? No ha llegado todavía mi hora*. Ioh 2, 4

Con objeto de entender más cabalmente esta frase, consideremos las palabras «*No ha llegado todavía mi hora*». La «hora» se refiere indudablemente a su cruz. Cada vez que se usa la palabra «hora» en el Nuevo Testamento, se emplea en relación a su pasión, muerte y gloria. Solamente en Juan se hace referencia siete veces a esta «hora», algunas de las cuales transcribimos a continuación:

Por eso procuraban prenderle; mas nadie puso en él mano, porque aún no había llegado su hora. Ioh 7, 30

Estas palabras dijo Jesús en la tesorería, cuando enseñaba en el templo; y nadie le prendió, porque todavía no había llegado su hora. Ioh 8, 20

Y Jesús les responde, diciendo: Ma llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. Ioh 12, 23

Ahora está turbada mi alma. ¿Y qué diré? ¡Padre, sálvame de esta hora! Mas por esto vine a esta hora. Ioh 12, 27

He aquí que viene la hora, y ya ha llegado, en que seréis dispersados, e iréis cada cual a lo suyo, y me dejaréis solo; y, sin embargo, no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Ioh 16, 32

Estas cosas habló Jesús; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha venido; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Ioh 17, 1.

La «hora», por tanto, se refería a su glorificación mediante su crucifixión, resurrección y ascensión. En Cana, nuestro Señor se refería al Calvario y decía que todavía no había llegado el momento señalado para iniciar la tarea de la redención. Su Madre le pedía un milagro; Él le daba a entender que un milagro obrado como señal de su divinidad sería el comienzo de su muerte. En el momento en que Él se manifestase ante los hombres como el Hijo de Dios atraería sobre sí el odio, ya que el mal puede tolerar la mediocridad,

¹ Es una selección de párrafos hecha para un Ejercicio Espiritual y no tengo a mano el libro para completarla; pero se entiende perfectamente la idea.

² Antes, por ejemplo, pudimos contemplarlo en el bautismo (aparece como pecador y el Padre muestra su filiación) o en las tentaciones en el desierto (luego de ellas los ángeles le servían).

pero no la suprema bondad. El milagro que ella le estaba pidiendo tendría inequívocamente una relación con su redención.

Durante su vida hubo dos ocasiones en que pareció mostrar cierta aversión a asumir el peso del sufrimiento. En el huerto de los Olivos pidió a su Padre, si era posible, que pasara su cáliz de dolor. Pero inmediatamente mostró su conformidad con la voluntad de su Padre: «No mi voluntad, sino la tuya.» La misma repugnancia aparente se manifestó asimismo frente a la voluntad de su madre. Cana fue un ensayo del Gólgota. No estaba discutiendo si era prudente iniciar su vida pública e ir a la muerte en aquel preciso momento; se trataba más bien de someter su naturaleza humana, que se resistía a obedecer a la cruz. Hay un sorprendente paralelismo entre la orden que el Padre le da de que muera ajusticiado públicamente y la invitación que su Madre le hace de que inicie su vida pública. La obediencia triunfó en ambos casos; en Cana, el agua fue convertida en vino; en el Calvario, el vino fue convertido en sangre.

Le estaba diciendo a su Madre que ella pronunciaba virtualmente una sentencia de muerte sobre Él. Pocas son las madres que envíen a sus hijos al campo de batalla; pero aquí había una que, en realidad, estaba apresurando la hora del conflicto mortal de su Hijo con las fuerzas del mal. Si aceptaba el requerimiento de su Madre, Jesús daría comienzo a su hora de muerte y glorificación. Iría a la cruz por doble encargo, uno de su Padre celestial, otro de su Madre terrena.

No bien hubo consentido en dar comienzo a su «hora», cuando procedió inmediatamente a decir a su Madre que en adelante cambiarían las relaciones que le unían a ella. Hasta entonces, durante su vida oculta, ella había sido conocida como la Madre de Jesús. Pero ahora que Él iniciaba su obra de la redención, ella no sería ya simplemente su Madre, sino también la de todos los hombres, sus hermanos, a quienes Él redimiría. Para indicar este nuevo parentesco, Él se dirigió a ella ahora no como «Madre».

Cuando Él sugirió que su primer milagro le conduciría indefectiblemente a su cruz y muerte, y que desde entonces ella sería una Madre de Dolores, María se volvió inmediatamente hacia los sirvientes y les dijo: *Haced lo que Él os diga*. Ioh 3, 5 ¡Qué magnífico discurso de despedida! Ya no vuelve a hablar más en las Escrituras. Siete veces había hablado en toda la Biblia, pero ahora que Cristo se había manifestado, igual que el sol, en todo el esplendor de su divinidad, nuestra Señora se eclipsaba voluntariamente, como la luna, tal como más adelante la describió Juan.